

ALFAGUARA



Marina Mayoral

Querida amiga

«Cartas, relaciones, cartas,  
tarjetas postales, sueños,  
fragmentos de la ternura  
proyectados en el cielo,  
lanzados de sangre a sangre  
y de deseo en deseo.»

MIGUEL HERNÁNDEZ  
«Carta» de *El hombre acecha*

Querida amiga

---

Querida amiga:

Ha de disculparme por llamarla así, y por ocuparle su tiempo, pero tenía que hablar con alguien. Perdone el atrevimiento; la vi ayer en la televisión y pensé: ella me entenderá, se le nota en la cara que me ha de entender. Y por eso le escribo, ¡tengo tanta necesidad de desahogar con alguien esta pena que llevo dentro! Y no tengo con quién. Con mis hijos, que lo comprenderían, no debo hablar. Y los demás, mis amigas y la gente que conozco, se pondrían a criticarme y a hablar mal de mí, y al final de mi vida vendría a encontrarme igual que al comienzo.

Yo nací y me crié en una aldea gallega, en la montaña. No sé si usted sabe lo que es vivir allí, o lo que era, porque ahora un poco mejoraron. No había más luz que la del cielo, ni más agua que la que sacábamos del pozo. Una cocina de piedra, una cama de tablas con un colchón de paja, porque la lana de las ovejas se vendía para comprar de comer, y las vacas y los cerdos allí mismo, personas y animales revueltos en aquella choza llena de goteras,

---

con el piso de tierra siempre enchopado... ¡Aquello no era vida!

Había tres casas un poco mejores, tres exactamente, ni más ni menos. Eran las de los ricos. Ellos tenían colchón de lana y la cuadra fuera de la casa; por lo demás vivían tan mal como todos. Veinte casas, cuarenta vecinos, otros tantos bueyes y vacas, más o menos, porque unos no tenían ninguno y otros tenían hasta tres parejas; los rebaños de ovejas, las gallinas, los conejos, la ermita del santo patrón donde venía el cura a decir misa los domingos, y pare de contar; aquél era mi mundo y aquélla era la gente que marcó para siempre el curso de mi vida.

Yo era de los pobres. Todos éramos pobres menos los tres vecinos que le dije, los que tenían casas de piedra con tejados de cuatro aguas. Pero no piense que me sentía desgraciada. Mientras fui niña fui feliz, siempre tuve salud y buen conformar. Mi desgracia fue ser guapa y aquella alegría que me andaba por dentro y me salía por los ojos y por todo el cuerpo. Hay mujeres guapas que parece que van metidas en un fanal. Yo no. A mí siempre me gustaron los escotes y llevar los brazos al aire. En el verano, cuando iba con el ganado a pastar, me tumbaba en el prado, remangaba la falda, subía las mangas de la blusa y abría el esco-

te, porque me gustaba poner el cuerpo al sol. La gente entonces escapaba de él, no era como ahora. Los de la aldea iban siempre tapados de la cabeza a los pies, porque decían que el sol hacía mal, que daba calentura. Y las señoritas del pueblo usaban guantes y sombrillas para tener la piel blanca y se llenaban de polvos de arroz, que parecían bollos crudos.

A mí no me daban envidia las señoritas. Las veía cuando bajaba al valle, por las fiestas o a comprar alguna cosa en las tiendas del pueblo. Me daba risa de ellas, tan puestas, tan colocadas, paseando arriba y abajo por la alameda, echando ojeadas de refilón a los señoritos, disimulando las ganas, porque estaba mal visto que una chica soltera hablase con un chico en público. ¡Ya ve qué hipocresía! Yo no era así.

A mí los señoritos venían a hablarme. Pensaban que como era montañesa podían echarme piropos sin ofenderme. Y así era. Yo les dejaba hablar y les contestaba, pero las manos quietas; de eso, nada. Más de uno se llevó una buena bofetada mía. Yo me reía de ellos, les tomaba el pelo. Sabía que les gustaba y ellos a mí no; ésa era mi ventaja. No me gustaba aquel color que tenían de leche cuajada, ni los bigotes recortados, ni el pelo engominado, ni los hombros estrechos... Tampoco me gustaban los brutos de la aldea, que no sabían ni hablar y que

---

apestaban a estiércol. A mí sólo me gustaba él, siempre el mismo, desde niña, que pienso que estábamos hechos el uno para el otro.

Él era el hijo del capador y vivía en una de las casas ricas de la aldea. Era sólo dos años mayor que yo, y era también muy guapo: alto y lanzal, con el pelo castaño claro, que le caía sobre la frente en rizos como los de un niño, la piel tostada del sol y unos ojos, unos ojos que me volvían loca, cambiaban de color según cambiaba el tiempo o según lo que le pasaba por dentro. A veces eran azules-azules y otras eran grises y otras parecían negros, igual que el cielo. Yo me estaría la vida entera mirándolos y no me cansaría nunca, porque eran unos ojos que hablaban, que decían lo que sentía el corazón, lo que le pasaba por el alma.

Él también estaba enamorado de mí. Su padre quería que fuese a vivir al valle, al pueblo, con el maestro, porque quería que fuese veterinario y no capador como él, y quería que se relacionase con señoritas y con la gente de dinero que vivía en el pueblo. Pero él les dijo que estudiar sí, pero que prefería ir y venir cada día a la escuela y vivir en la aldea. Lo hacía por mí, porque desde niño estuvo enamorado de mí. Y yo de él.

Él iba a la escuela a caballo y tapado con una capa de aguas. Había que andar cinco

---

leguas por la carretera o atajar por el monte para ir al pueblo, y cuando nevaba no se podía bajar. Mi padre le dijo al capador si yo podía ir también en el caballo y así fuimos durante dos años, hasta que murió mi padre, cuando yo tenía doce y aún no era mujer. Se murió al empezar el otoño y, nada más enterrarlo, mi tío dijo que yo sabía leer y escribir y las cuatro reglas y que para qué quería saber más, que había mucho trabajo en la casa y que era mejor que me quedase allí, echando una mano, y me dejase de perder el tiempo en la escuela. Y mi madre dijo que bien. Eran buena gente, pero ignorantes, y hacían mal sin darse cuenta de que lo hacían. Así que, desde aquel día, él iba solo a la escuela y al pasar el caballo por delante de mi casa lo hacía relinchar, y yo, que andaba preparando la comida para el ganado, me asomaba a la puerta y le decía adiós con la mano. Y así seguimos hasta que yo me hice mujer.

Hasta los catorce años fui una niña, guapa, pero menuda, poquita cosa, aunque siempre espabilada y alegre y también un poco coqueta. Ya de pequeña, cuando íbamos en el caballo, yo me abrazaba a él, como si tuviera miedo a caer. Le echaba los brazos alrededor del cuerpo y sentía cómo él se estremecía y el corazón le batía con tanta fuerza que parecía un pájaro asustado. Él siempre fue tímido y más



vergonzoso que yo. Me llevaba dos años, pero las mujeres crecemos más rápido para esas cosas de la malicia. Yo le decía, cuando sentía que él temblaba: ¿Qué te pasa?, porque quería que él me dijese que quería ser mi novio, pero él callaba o decía que tenía frío o que le hacía cosquillas.

Cuando me hice mujer, aún se notó más la diferencia, porque de repente, en dos meses, cambié por completo. Primero di un estirón y después me redondeé, me crecieron los pechos de una manera que llamaba la atención: grandes, levantados y con unos pezones como cerezas gordas. Me hice una mujer de bandera y eso fue mi desgracia, porque la mía no era una belleza como la de otras, que parecen vírgenes de estampa; no: yo atraía a los hombres, los encendía, aunque no hiciese nada.

Él, por el contrario, fue cambiando poco a poco. Se hizo hombre más despacio. Aunque ensanchó de cuerpo y las piernas se le hicieron más fuertes, siguió siendo delgado y conservó siempre el pelo brillante de niño y aquellos ojos que me llevaban el corazón con ellos. Fui yo quien se declaró, porque él me miraba y me miraba, y sufría, que yo bien me daba cuenta, pero no arrancaba a hablar. En las fiestas, cuando los otros se me arrimaban, yo veía sus ojos clavados en mí como dos carbones encendi-

dos: oscuros y relucientes, echaban chispas como las hogueras de San Juan; y apretaba tanto los dientes que los tendones le hacían bultos en la cara. Yo rabiaba por acercarme a él y acariciarlo y mirarme en aquellos ojos y decirle que no quería a nadie más que a él. Pero él, nada, ni invitarme a bailar. Cuantos más celos le daba yo, más se metía él en sí mismo y más sufría, que yo me daba cuenta y sufría también, pero al mismo tiempo me daba rabia, porque sabía que sus padres no me querían, que hacían todo lo posible para apartarlo de mí, y yo no quería dar el primer paso. Aunque estaba segura de que le gustaba y de que estaba enamorado de mí, siempre le queda a una esa duda, si le parecería poca cosa para él, si en el fondo no quería comprometerse, yo qué sé.

Yo tenía siempre muchos hombres alrededor de mí, tendiéndome trampas, entre ellos el sargento de la Guardia Civil del valle, y, además, la mujer del capador andaba diciendo que su hijo iba a estudiar para veterinario y que se había de casar con una señorita de buena familia, fina y con dinero, como le correspondía, y que ya le tenían buscada la pensión en Brétema, cerca de la Universidad, y que por su gusto ya antes lo habrían mandado, porque, decía el capador, o se iba a Brétema o se iba a hacer el servicio militar, que no lo quería más

---

tiempo en la aldea. Y a mí me dio tanta rabia que anduviera hablando así que aquel verano bailé como una peonza en todas las fiestas y cuando estaba cerca de él me reía a carcajadas, para ver si él se arrancaba. Pero no hubo forma, así que en la fiesta del San Bartolo, que era la última del verano, me acerqué a él y le dije: Conque te vas a Brétema de soldado y sin despedirte de los amigos. Y él me dijo: Andas siempre tan acompañada que no encontré la ocasión. Y yo le repliqué: Cuando se quiere a un amigo siempre se encuentra un momento para hablar. Y él entonces, con una voz tan seria y triste que el corazón se me subió a la garganta y sentí que me ahogaba, me dijo: Tú bien sabes lo que yo te quiero desde hace mucho tiempo.

Y era cierto, porque nosotros nos entendíamos sin necesidad de hablar y yo sabía que lo que él decía era verdad y también que era vergonzoso y tímido y que aquella era su manera de quererme, y por eso, cuando fuimos a bailar y él me pasó el brazo por la cintura sin intentar apretarme como hacían todos, pero cogiéndome muy fuerte y clavando todo el tiempo en los míos aquellos ojos que eran como estrellas, fui yo quien me apreté contra él, y junté mi cara con la suya y sobre su boca, sintiendo su aliento en la mía, casi sin darme

---

cuenta de lo que decía, le dije: Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero...

Aquella noche me acompañó a mi casa. Me pidió que fuera su novia y que lo aguardase hasta que él acabase la carrera de veterinario. Atravesamos la fiesta por entre la gente, con su brazo en mi hombro, para que todo el mundo supiera que yo era su novia, porque yo nunca había andado así con ningún chico, ni él con ninguna chica. Y al pasar por una corre道ira, camino de casa, nos besamos.

Antes de marchar a la mili me dio un montón de papeles llenos de versos, que hablaban de mí, que había ido escribiendo desde los tiempos de la escuela y que nunca se había atrevido a darme. Allí decía las cosas más bonitas que nunca en mi vida me dijeron.

Esos versos y las cartas que me escribió aquel primer año desde Brétema es todo lo que conservo de él. Los leí tantas veces, están tan gastados de besos y de lágrimas que ya casi no se ven. Pero no importa porque los sé de memoria. Son versos muy bonitos y muy tristes, que parece que él ya presentía lo que iba a pasar y por eso decía que no me olvidase de él y que su amor sería más fuerte que la ausencia y que la muerte. Yo no sabía escribir cosas así, pero le decía que él era el único al que yo quería y que lo había de querer siempre. Y no le mentí.

Lo que pasa es que la vida te empuja muchas veces a donde no quieres ir y te obliga a hacer cosas que nunca pensaste hacer.

Yo era una mujer que gustaba a los hombres, ya le dije; siempre tenía más de uno alrededor buscando su ocasión. Jóvenes y viejos, todos se me arrimaban y tenían algo que decir cuando yo pasaba. Yo les daba conversación, ésa fue siempre mi manera de ser, pero nada más. Me gustaba charlar y bromear; ya me dirá qué hay de malo en eso. Lo que pasa es que me adelanté en muchas cosas a mi tiempo. Lo que yo hacía lo hacen hoy todas las chicas de quince años, pero entonces no se podía ser guapa y alegre y desenvuelta; no le podía gustar a una poner las piernas al sol o llevar escotes y, sobre todo, hablar con los hombres y reírse con ellos. Si eras así sólo podías ser puta o cómica, que venía a ser lo mismo. Eso era lo que pensaban de mí. Me lo dijo un día una de mis tías: Tú no eres mujer para casada. Una mujer de bien no anda por ahí enseñando lo que tú enseñas y hablando con todos. Y has de acabar mal, porque los que se te arriman sólo van a sacar tajada, desde el aparvado del hijo del capador hasta el sargento de la Guardia Civil.

El hijo del capador ya sabe quién es, y el otro, el sargento de la Guardia Civil, es mi ma-

---

rido. Entonces tenía veintisiete años, venía de la guerra y era todo un personaje. Era buen mozo y hasta guapo: moreno, de barba cerrada y dura, muy hombre, y con experiencia. Me buscó las vueltas. Habló primero con mi tío, que era quien disponía en la casa desde que murió mi padre. Le dejó caer que, teniendo un pariente en el monte, un sobrino que andaba huido, primo carnal mío, le convenía emparentar con él. Le dijo que llevaba buenas intenciones, que se quería casar conmigo, porque estaba convencido de que yo en el fondo era una chica seria, pero que, si seguía dando que hablar, él había de hacer como todos y que si pasaba algo que no le viniesen después con reclamaciones. Así que mi tío fue y me dijo: Como te vea con alguno que no sea el sargento te tundo a varazos.

Mi madre y mis tías no me quitaban los ojos de encima, no podía moverme si no era para estar con él. Me tenían aburrida. Pasé las fiestas de San Froilán y las de San Lucas sentada en un banco sin querer bailar con el sargento, y sin que nadie más se me arrimase, porque él se venía a hablar con mis tías y se estaba allí las horas muertas para hacer ver que entre él y yo había algo. Y por eso, y porque entonces la Guardia Civil imponía mucho respeto, nadie se atrevía a acercárame.

Yo esperaba la Navidad como el Santo Advenimiento, porque pensaba que vendría mi novio. Pero no vino. Vinieron todos los quintos menos él; no le dieron permiso y yo sospecho que fue algo que tramaron entre todos, no sé si fue cosa de mi marido, o de mis tíos, o del capador y su mujer, o qué, pero todo se enredó de una manera que pienso que lo tenían preparado.

El caso fue que mi marido, que, como le digo, era entonces una persona importante, me invitó al baile del casino del pueblo la noche de fin de año. Mi tío me dijo que tenía que ir, que con un pariente en el maquis no se le podía hacer un feo al sargento, que por menos tenían breadas a palos en el cuartelillo del valle a muchas familias y que a nosotros nunca nos habían molestado para nada, que bien se veía que era por la consideración del sargento. Yo no sabía qué hacer, pero entonces me enteré de que la mujer del capador andaba diciendo que su hijo tenía novia en Brétema, una chica como Dios manda, y que por eso no venía, y me cegó la rabia y fui al baile.

Aquello fue mi perdición, porque mi marido era un hombre con experiencia y supo enredarme bien. Me hizo beber, champagne fresquito, que yo nunca lo había probado, y se me subió a la cabeza sin darme cuenta. Me llevó

con sus amigos, que me hicieron reír y olvidar-me de todo. Bailamos toda la noche y ya de amanecida cogió el coche, que no era suyo, que era del cuartelillo, para llevarme a la aldea. Se metió por una corredoira fuera de la carretera y paró el motor y empezó a besarme y a desabrocharme la ropa y también la suya. Yo estaba tan borracha que no atiné a defenderme. No me violó, quiero decir que no perdí la virginidad, pero perdí la honra. Lo que yo hice en aquel coche no lo debe hacer una mujer con un hombre que no sea su marido.

Después de eso, todo el mundo me dio por perdida. Otras chicas de la aldea tuvieron hijos de solteras y después se casaron con otros hombres y nadie las criticó. Pero a mí no me perdonaban ser guapa y alegre. De mí, aunque fuera como santa María Goretti, habían de hablar igual. Y yo también estaba avergonzada. Entre todos me hicieron sentir así y ni siquiera supe defenderme cuando mi novio vino a pedir-me cuentas. Me dijo: ¿Es cierto eso que dicen? Yo me puse como la grana, sin saber qué contestar, y él, al verme, dijo con una voz que parecía que se moría: Así que es cierto... Yo hice un esfuerzo y le pregunté: ¿Qué fue lo que te contaron? Y él: Que bailaste con el sargento toda la noche y que te trajo en el coche y que tardasteis más de una hora en llegar desde el valle a la aldea...



Yo no me atreví a negarlo, ni a decirle que estaba borracha y que entre todos me estaban empujando a la cama del sargento y que su madre también tenía la culpa por andar diciendo lo que no debía. No sé si fue por vergüenza o por orgullo, pero sólo dije: Sí, eso es cierto. Y él, tampoco sé si por orgullo o porque la pena no le dejaba hablar, se quedó callado, mirándome, y después dio media vuelta y se fue sin decir ni palabra.

Mi marido, según todos dijeron, se portó como un hombre de bien. Le dijo a todo el mundo que yo era su novia y que nos íbamos a casar enseguida. Me lo dieron hecho. En mi casa estaban tan satisfechos que ni pensaron que yo no quisiera. Y a mí me dijo que nos casaríamos pasados algunos meses, para que la gente no creyese que nos casábamos tres, y que me casaría de blanco y con la cabeza bien alta, que no quería que nadie tuviese qué decir de su mujer. Y me hacía regalos y me trataba con todo respeto en público, ni cogerme una mano, ni gastarme una broma y ni siquiera hacía por verme a solas, aunque algunas veces sí y entonces se ponía igual que en el coche, pero como yo no estaba borracha lo rechazaba, y él no se enfadaba, se reía y decía: Ya verás cuando nos casemos.

Yo estaba esperando a que mi novio se licenciase para tener una conversación con él.

---

Pero no pudo ser. Vino un día a recoger sus cosas y dijo a quien quiso oírlo que se marchaba a estudiar a Barcelona. Y usted dirá ¿por qué a Barcelona? Yo lo sabía, porque a mí me pasaba lo mismo: quería olvidar, huir de mí. Por eso se fue tan lejos, igual que hice yo. Pero no consiguió olvidarme, ni yo a él.

Cuando él se marchó, le dije al sargento que me casaría, pero con una condición: que nos fuéramos de allí, y a lo más lejos que pudiera. Toda la tierra de España entre mi novio y yo, que con menos no bastaba. Y fui sincera con él, no quise engañarlo: le dije que sería su mujer y que, si él era bueno conmigo, no había de tener nunca queja de mí en ningún sentido, pero que no estaba enamorada de él, que no lo quería. Creo que le fastidió oírlo, pero me contestó muy seguro: Tú aún no sabes lo que es querer. Lo que tú necesitas es un hombre y no un parvulito que te haga versos.

Y en eso se equivocaba, porque lo que a mí me enamoraba de mi novio no era sólo aquel cuerpo lanzal y aquellos ojos meigos: era su manera de ser, cómo me hablaba, o cómo no me hablaba, y su forma de mirarme... y también los versos, porque nadie me dijo nunca cosas tan bonitas. Eso mi marido no lo entendía. Por lo demás no es un mal hombre, ni se

---

puede decir que sea un mal marido. Pero siempre fue un poco bruto, desde que nos casamos, y eso ya no tuvo remedio.

La noche de bodas se me manchó el camisón de sangre. Un camisón blanco, de raso y encajes, que él me había regalado. Estábamos en un hotel, de luna de miel, y a la mañana siguiente fui a lavarlo en el cuarto de baño, y él me lo arrancó de las manos, diciéndome: No seas paleta, ¿qué van a pensar los del hotel? Ya lo lavarás en casa.

Pero cuando volvimos a su casa, que era en el cuartelillo del valle porque aún no tenía el traslado, al deshacer la maleta no encontré el camisón, y yo pensé que lo había perdido y me callé y no dije nada. Esa misma noche él se reunió con los amigos en un cuarto que había para jugar a las cartas y beber. Estaba al fondo del pasillo en la misma planta donde nosotros vivíamos. No se preocupó ni de cerrar la puerta. Mi camisón andaba de mano en mano y mi marido les decía riéndose: Ya os lo dije, que a esta mujer la estrenaba yo.

Estuvimos allí nueve meses, porque él quiso quedarse hasta que nació el niño. Después nos vinimos para el sur y aquí pasamos toda nuestra vida desde entonces. Tuve aún dos hijos más, dos chicas. Cuando ya todos estaban criados le dije a mi marido que quería trabajar,

poner un negocio. Conseguimos un poco de dinero y abrí una casa de comidas. Al comienzo era pequeña y barata, pero, como yo tengo buena mano para la cocina y simpatía para la clientela, me fueron bien las cosas y fui mejorando. Hoy tengo tres restaurantes de lujo y un hotel. Y una buena casa en la aldea. Mi marido dejó la Guardia Civil y se ocupa del personal. Los hijos estudiaron todos una carrera y ya están casados, y a mi gente de la aldea la ayudé para que viviera mejor.

A mi novio no volví a verlo ni a hablar con él cara a cara, pero sabíamos uno del otro por los vecinos. Yo iba a la aldea y él también, y de ese modo los dos sabíamos de nuestras vidas. Él se hizo veterinario y vivió siempre en Barcelona. Se casó, pero no tuvo hijos.

Hace ahora un año, soñé con él una noche. Volví a verlo según era en nuestra juventud. Yo estaba sentada en el prado donde pastaban las vacas y él tenía la cabeza en mi regazo. Yo le acariciaba la cara y me miraba en sus ojos, que eran azules como el cielo del verano, y él me decía como tantas veces me dijo: Te quiero más que a nada en este mundo...

Me desperté llorando, y ese mismo día, cuando llamé por teléfono a los parientes que aún tengo en la aldea, una de mis tías me dijo: ¿Sabes quién murió?

Desde entonces llevo una pena conmigo que no me deja vivir. Ahora soy una vieja. Tengo sesenta y cinco años, pero le puedo decir que mientras él vivió fui una mujer guapa. Nadie me echaba los años que tenía. Yo me cuidaba, me arreglaba, me vestía bien, porque sabía que le hablaban de mí y, además, tenía la ilusión de que volvería a verlo, y quería que él me encontrase guapa como siempre. Quizá fue mejor así, porque, si llegamos a vernos otra vez, igual ya no podíamos separarnos. Quizá fue mejor, pero, desde que él murió, a mí se me echaron de golpe los años encima. Los años y esta pena que me ahoga.

Tenía que decírselo a alguien para no acabar contándoselo a mis hijas, que son las únicas que podían entenderme, y al fin su padre es su padre, y es bien triste tener que decirles que me pasé la vida queriendo a otro hombre y que, si me dieran a escoger, lo cambiaría todo, hasta a los hijos, por él. Me parece mal dejarles ese recuerdo de mí. Por eso le escribo a usted, para desahogarme, y también por si quiere contar mi historia, que yo no sé hacerlo, y cuando la vi pensé que me había de entender, por cómo hablaba y lo que decía de que al escribir se sacan fuera los demonios y se siente una mejor. Así que perdone el atrevimiento y ocuparle su tiempo, pero si la escribe, por favor,

diga que yo no falté a mi palabra: que no quise a otro hombre y que no lo olvidé nunca.

Y sin más, reciba un abrazo y el agradecimiento de su amiga.

V.